

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Invitado por la Junta gubernativa del Ateneo á profesar sus difíciles enseñanzas, honra muy superior á mis escasos merecimientos, y decidido á desempeñar esta cátedra, más que por inclinacion de mi voluntad por consejo de mi conciencia, un gran temor embarga mi ánimo y hiela mi palabra, temor nacido del respeto que me infunde este ilustrado público, cuya benévola atencion empeña mi gratitud en empresas superiores á mis débiles fuerzas; temor que se acrecienta, cuando por uno de esos maravillosos y misteriosísimos conjuros del pensamiento evoco el recuerdo de los ilustres varones que cruzaron por esta cátedra, dejando en ella luminosos resplandores de sus pensa-

mientos y sus almas, que ahora mismo ofuscan mis ojos, y al compararme con esos ilustres varones, comparacion nacida, no del arrojo de mi amor propio, sino de la justificada identidad de circunstancias en que con ellos me encuentro, desfallezco, y declaro con la ingenuidad propia de mi carácter, que no me creo digno de levantar mi voz aquí donde han resonado los acentos de todas nuestras revoluciones científicas, ni merecedor de cultivar la ciencia, ese fuego sagrado que se encierra en las entrañas de este volcan de ideas llamado siglo décimonono; pues en tan supremos instantes, sólo pueden alentarme vuestras simpatías, esa corriente eléctrica, que nacida de todos los corazones, centuplica las fuerzas y da vida, fuego y colores al desmayado espíritu.

Yo no me atrevería á pisar este recinto si no estuviera convencido del gran destino que Dios ha encomendado á nuestra generacion, y del poco tiempo que le ha concedido de vida para cumplir ese destino. En estas épocas de renovacion, épocas tempestuosas, tristes sí, pero grandes, los espíritus al calor de la encendida atmósfera moral florecen más pronto, como los árboles en el Trópico, y dan temprano sus frutos. Nuestros padres hicieron mucho por nosotros; comenzaron por conquistarnos el pobre hogar, que nos habia robado el gran tirano del siglo, y cuando el hogar estaba ya conquistado, pidieron libertad. Un di-

ludio de desgracias cayó sobre sus frentes, un mar de dolores inundó su vida: unos bajaron á los calabozos, otros corrieron al destierro, muchos de ellos subieron al cadalso; y cuando nosotros, hijos de la desventura, nacidos entre lágrimas, vinimos al mundo, la guerra azotaba nuestras cunas, amargo lloro nublaba los ojos de nuestras madres, y sólo se oía el ruido y el estrépito de la gran sociedad antigua, que se arruinaba hasta en sus cimientos; pero al despertar del sueño de la infancia, nos vimos armados de todas armas, con la libertad de la imprenta, de la tribuna, de la cátedra, instrumentos forjados en el hervidero de una gran revolucion, y ¡cuántos y cuán amargos no deben ser nuestros remordimientos, si abandonamos la ciencia que ha de resolver todos los problemas políticos y sociales, y ennegrecemos los últimos días de nuestros padres ó deshonramos sus manes, haciendo ver al mundo que ha sido inútil su obra, estéril su sangre é ineficaces sus costosos sacrificios!

Generacion presente, para la cual parece haberse fabricado el templo de la historia, rotas á tus plantas todas las cadenas, abiertos á tu idea todos los horizontes; heredera de infinitos tesoros de ciencia; obligada á ser más justa con los antiguos tiempos que tus padres, por haber padecido ménos; debiendo ser religiosa, profundamente religiosa, para que la filosofía y el Cristianismo se

unan en eternas armonías como manifestaciones distintas de una misma verdad; sujeta á una ley moral severísima, á ser buena, no con la bondad pasiva, que consiste en no hacer mal, sino con la bondad activa y generosa que lleva el consuelo á todos los desgraciados, y abraza en su amor todos los hombres; dueña de infinitas fuerzas, que centuplican tus fuerzas, del vapor, que te dá alas, de la áurea electricidad, que es mensajera de tus pensamientos; armada del rayo, que amenaza suspendida sobre la frente de las demás generaciones y que ha descendido sumisa hasta besar tus manos; habiendo merecido que naturaleza te abra sus entrañas y te confíe sus más recónditos secretos; si con todos estos elementos, generacion presente, hija predilecta de la Providencia, pasas tus días en la abyección y en el olvido, cuando esos días estén contados, cuando te anegue la negra ola del tiempo que se llama muerte y te presentes delante del Eterno Juez que pesa las obras de los individuos, de los pueblos y de las generaciones, y al preguntarte qué has hecho de los grandes destinos que te había encomendado, le contestes con la conciencia llena de tinieblas y las manos vacías de buenas obras, merecerás el eterno castigo de la justicia divina y la eterna maldición de la historia. (Estrepitosos aplausos.)

Nuestros antepasados cumplían su destino al embrazar sus armas, al oír la voz de Dios que les

llamaba á la guerra, y así dejaban la ciencia á seres privilegiados y recogidos, ocultos las más veces en el fondo de las bibliotecas, en el seno de los claustros. Pero nosotros, poseedores de una actividad intelectual más grande, nacidos entre estas continuas explosiones de ideas que se llaman revolución, llamados por una vida política más amplia á intervenir más ó menos directamente en la sociedad, en este siglo sintético, todos debemos consagrarnos al cultivo de las ideas, y hacer de la ciencia el centro de nuestras almas; y los más prácticos, los más observadores, los ministros de Dios en la naturaleza, esos, cuya inteligencia retrata el mundo exterior, deben consagrarse á comprender el universo material, que encierra lo infinitamente individual y lo general, la nube y el aire, la gota del rocío y el mar, el grano de arena y la luz; y los más reflexivos, los que se encierran en su conciencia, deben comprender este mundo interior que llevamos en el cerebro, mundo más duradero que el tiempo, más inmenso que el espacio, más adornado de ideas que el cielo de estrellas; y las almas místicas, embriagadas del amor divino que, como el fuego, ascienden siempre del fondo de las cenizas de este mundo al cielo, deben mirar la palabra que todo lo explica, el ser que todo lo contiene, el eterno sol de la naturaleza y del espíritu, Dios; y todos deben llevar un mismo pensamiento y un mismo fin, el pensamiento de

buscar con libertad entera la verdad por ser verdad, y el fin de hacer con desinterés completo el bien por ser bien; para continuar así la obra de las generaciones pasadas, para preparar el pan de la inteligencia á las generaciones, que hambrientas de verdad, nos manda lo porvenir, para perfeccionar nuestra libertad y nuestro derecho. (Aplausos.)

Yo con estos fines, aunque en la pequeña proporcion que puede caber á mis pobres talentos, me he decidido á estudiar las ciencias históricas, en que el espíritu aparece en su totalidad, y de la historia de los primeros siglos del Cristianismo, que son como el prólogo del mundo moderno y el epílogo del mundo antiguo. Estos cinco siglos son el Génesis de la edad cristiana. No pretendo enseñaros nada de ellos, señores; vengo aquí á estudiar en voz alta acompañado de un considerable número de amigos.

Tres grandes ideas forman y componen nuestra civilizacion; Roma, el Cristianismo, los bárbaros. Los bárbaros dan la materia con sus tribus; Roma la organizacion, la forma, con sus leyes y sus códigos; el Cristianismo la sustancia, el alma, con sus ideas y con sus dogmas. Contemplemos estas tres ideas.

El Cristianismo, cuyo origen divino todos reconocemos, cuya eficacia inagotable todos confesamos y sentimos; primera luz que nos ha sonreído

entre los ensueños de la inocencia; primera ley que ha refrenado las tempestades y los ímpetus de nuestra juventud; objeto de todas las oraciones; consuelo de todos los dolores; idea, que en el seno del hogar doméstico hemos libado como la miel de la vida de los labios de nuestras madres, y que guardamos en el fondo del sér como el alma del alma; poesía invisible, que resuena desde la cuna en nuestros oídos; símbolo que vemos en nuestros campos saludado por el labrador cuando la golondrina le anuncia la primavera; en nuestras playas adorado por el navegante cuando la gaviota le señala el buen tiempo; ángel, que nos acompaña en vida, que santifica todas nuestras buenas acciones, y que despues de muertos se sienta silencioso en la tierra donde dormimos, recoge el aroma de nuestra vida, el alma, y lo lleva en sus alas al través de los orbes á Dios; el Cristianismo, que es una religion, un arte, una gran filosofia; todo verdad, todo hermosura, todo bondad, como doctrina social, por más que pese á los que quieren ungir con él todas las tiranías; como doctrina social dió dignidad al esclavo, igualó moralmente al pobre con el rico, hizo de todos los hombres una sola familia, de todas las naciones, antes enemigas, la humanidad; y quiso que esta obra de libertad contara entre sus grandes holocaustos el sacrificio del Verbo, y por su primer mártir al Hijo del Eterno. (Generales aplausos.)

Esta es el alma de la civilizacion presente. Ver como se desarrolló en los primeros tiempos, cómo luchó con el paganismo, cómo triunfó, será el objeto de nuestras lecciones. Pero no era este el único elemento que en la civilizacion existia en estos cinco siglos; existia tambien el mundo clásico. Grecia habia hecho de la humanidad con su cincel de artista una hermosa estatua que el Cristianismo animó con el fuego del cielo; y Roma, la guerrera y legisladora, habia logrado que el mundo se postrara ante el ideal clásico de hinojos, y lo recibiera como la preparacion interior de otra idea más alta, como el principio de otra vida más grande. Por eso el mundo clásico tiene siempre armonías para nuestros oidos, dulces cánticos para nuestros corazones, y todos nos acordamos de él, como de la cuna de azucenas donde se meció nuestra civilizacion, como de la misteriosa lámpara, donde empieza á arder la luz de nuestro espíritu. Yo no puedo mirar á Grecia, la nacion de las grandes personificaciones, sin que se me aparezca personificada en la figura de una casta musa. Hermosa como la divina Psychis, las perlas de Oriente, que la traen sus hijos los Pitágoras, los Herodotos, del fondo de los templos antiguos, oran su frente; la luz de las ideas tiñe de una hermosura divina su rostro; reclinada en su lecho de azucenas, con la copa de oro que guarda el néctar de la vida de sus dioses en una mano y en la

otra la lira que produce ardorosos himnos, se mira en el celeste seno de aquellos mares, donde se mezclan las aguas del Asia y de la Europa como la cadencia de una eterna endecha de amor; y deja errar su mirada por aquellos esplendorosos cielos, y pidiendo inspiracion á los mares, á las montañas, á los bosques, á los horizontes, dicta á Homero sus poemas, á Píndaro sus cantos, á Esquilo y Sófocles sus tragedias, á Tucídides y Herodoto la historia, á Platon y Aristóteles la filosofía; y cuando Roma la esclaviza, lejos de atarse á su carro triunfal, entra como señora en sus festines, como maestra en sus escuelas, como diosa en sus templos; y si por último allá en el siglo quinto de la Iglesia consiente en ser sacrificada en la casta figura de Hipátia por manos de los sacerdotes cristianos, como víctima coronada de flores que la antigüedad ofrece al nuevo culto, es despues de haber infundido su espíritu en la Iglesia de Oriente y de haber filigranado el Evangelio con el armonioso ritmo de su divina lengua. Pues si Grecia vive hasta el siglo quinto ¿qué diremos de Roma? En la gran pira que formó con las armas de todos los reyes y de todos los pueblos, en la gran cárcel del Panteon donde se reunieron los dioses de todas las gentes, en sus códigos donde se encerraron las costumbres de todos los pueblos, Roma formó el genio de una civilizacion que todavía vive en nosotros, y resumió el trabajo de

toda la historia precedente, para que no se perdiera la obra de la Providencia.

Pero sobre aquel mundo clásico, tan hermoso en los siglos que vamos á historiar, se extendía una espada de fuego. Era la espada de los bárbaros. Venidos del fondo del Oriente, origen de todas las grandes emigraciones, habian acampado en los hielos del Norte, y el alma panteísta que recibieron en su origen, se individualizó en cada uno de aquellos bárbaros en el fondo de sus oscuras cabañas. Mil tribus componian y dividian aquellas gentes, tribus que mandaban sus bandas como grandes manadas de aves de rapiña á devastar las regiones abiertas á su voracidad. Engendrados los más de aquellos bárbaros en un carro, nacidos en un punto, amamantados en otro, no conociendo patria y por lo mismo no radicando en el suelo; poseidos de un instinto viajero, que era el secreto de su destino; azotadas sus espaldas por los hielos y los huracanes que los empujaban hacia Occidente; sin leyes escritas, sin gobierno organizado; adorando ora dioses indios, ora griegos, ora divinidades feroces que se abrevaban en sangre, ora una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzaban como energúmenos; heridos por tribus todavía más bárbaras venidas del fondo de la Mongolia á cumplir los decretos del Eterno; tribus que comian y dormian y vivian á caballo, que lanzaban gritos horribles se-

mejantes á los graznidos de los cuervos, que no sabian dónde iban, que se deshacian como las montañas de arena en el desierto y se condensaban como las trombas marinas; hombres horribles, que llegaron á espantar á los mismos bárbaros, pues Jornandes los describe trémulo, espantado, pintándonos su piel teñida de negro, sus ojos sanguinolentos escondidos y luminosos como los del buho, su rostro parecido, *deforme offe*, á una deforme tortuga, sus mejillas acribilladas de heridas, pues sus madres se las partian al nacer para que sintieran en sus labios antes el hervor de la sangre que la dulzura de la leche; y todos estos bárbaros, que unos venian del Rhin, otros del Danubio, otros de la Scitia, otros de la Escandinavia, como huracanes nacidos de diversos puntos del horizonte, cernian sus ráfagas sobre la cabeza del gran coloso del imperio romano, y arrancaban uno á uno los diamantes á su triunfal corona; diamantes que al estrellarse en el suelo formaban con sus fragmentos las nacionalidades modernas. (Estrepitosos aplausos.)

Pero, señores, me sería imposible abordar todas las difíciles cuestiones que van á surgir á nuestra vista, sin dar una ley general histórica.

El siglo décimo-octavo fué un siglo de demolición, y por eso era analítico; el siglo décimo-nono es un siglo de armonía, y por eso es sintético. La ciencia histórica siente hoy la revolucion, que

ha trocado las bases de todas las ciencias. Acordaos de lo que antes del siglo décimo-sexto eran las ciencias naturales; un caos donde hervían los elementos, y nada más que los elementos primeros de esas ciencias. Bacon, apartándolas de la hipótesis, y dándoles la observación y la experiencia por base, abre á su progreso amplísimas vías. Acordaos de lo que eran las ciencias especulativas. Las escuelas habían puesto en un trono al gran Aristóteles, horriblemente martirizado por unos, combatido por otros, y casi ignorado de todos; y las respuestas de aquel oráculo, en cuyo vientre hablaban siempre sus sacerdotes, eran los principios de la ciencia. (Risas.) Descartes, señores, las emancipó de tan ignominiosa tutela, dándoles por base el espíritu y el pensamiento. Pues bien, el progreso fué más tarde en las ciencias históricas, pero fué, porque no aparece en una región de la vida y de la ciencia una ley que no se extienda armoniosamente á todas sus regiones, á todas sus esferas, siendo, como es el espíritu, uno é idéntico siempre á sí mismo. La historia, que era un arte ocupado solo en describir las alternativas de los imperios, se hizo una ciencia que tuvo por objeto y fin todo el hombre.

El hombre, aunque en cada ciencia encierre todo su espíritu, en las ciencias naturales principalmente estudia su sensibilidad, y en las ciencias legales su juicio, y en las ciencias filosóficas

su pensamiento, y en las artes y letras su imaginación; pero en la historia se estudia todo entero, y se estudia no en abstracto, sino hecho carne y hueso, realizado, objetivado en sus ideas y en sus obras. El hombre en su totalidad es, pues, el objeto de la historia.

Al estudiar al hombre es imposible separar los dos elementos que lo componen y que forman su armonía. Viviendo en el tiempo y en el espacio, último extremo y último esfuerzo de la organización terrena, corona centellante de todos los seres que bajo él y á su alrededor se mueven; sujeto á leyes que no puede romper y á fuerzas que no puede alterar; el hombre, como ser orgánico, pertenece á la naturaleza; mas en su frente se encierra otro elemento, una llama que le eleva sobre todo lo creado, que le dá fuerza creadora, que le esclarece, con luz más nueva que la luz del sol, las profundidades del mundo exterior, los secretos de su propia conciencia; elemento que se llama espíritu, por el cual vive el hombre enteramente libre y con toda su espontaneidad en otra creación superior á la naturaleza, que se llama arte, ciencia, sociedad.

El hombre, señores, no es un ser aislado, solitario. Dios ha puesto en su corazón la ley divina del amor para que busque á sus semejantes y comparta con sus semejantes la vida. El hombre, el más hermoso de los seres que en la creación vi-

ven por su corazón y por su inteligencia, aislado, solo, esas mismas fuentes de su poder harían su desgracia, tornándole el más infeliz y el más desarmado de todos los seres. Dios, que le dió un cuerpo débil, puso en su sér la razón como gran coraza contra las inelemeancias y las asechanzas de la naturaleza; y la razón es eminentemente social; por eso si el primer grado de la vida es el individuo, el segundo grado de la vida es la familia. El hombre en la familia acrecienta su sér, pone su inteligencia en armonía con otras inteligencias, confunde su corazón con otros corazones; es hijo, y como hijo se liga á lo pasado y lo respeta; esposo, y vive en lo presente y lo hermosea; padre, y se adelanta á lo porvenir y lo prepara, y así multiplica su alma y completa su vida. La familia es el complemento de la personalidad humana, de la vida individual: el padre, la mujer y el hijo forman, á pesar de ser tres personas, misteriosa unidad por el amor que los confunde y los anima. Pero el hombre no vive solo en su familia; la lengua que habla, el carácter que le distingue, la religión que profesa, la ley social bajo que vive, ese amor eterno al suelo en que ha nacido, á esa tierra patria, donde le parece que ha de ser más dulce y tranquilo el sueño de la muerte; la historia misma, que le comunica perpétuamente con los que ya no son, los recuerdos de la infancia; todas esas ideas, todos esos sentimientos que son grandes leyes, si,

leyes incontrastables de su vida, engendran en su individuo otro individuo superior que se llama patria, espíritu nacional. No creamos, señores, como en mal hora pretenden los sensualistas, que la nación es solamente un congregado de individuos; no, señores, no; es algo más que eso, es por el orden que en ella reside, por sus límites geográficos, un gran cuerpo; es por sus ideas, por sus tradiciones, por sus leyes, un verdadero espíritu. Es un individuo superior, animado, con las mismas facultades que el hombre, aunque en grado más alto, viviendo por sí, y realizando su vida por medio de las leyes tan reales y tan verdaderas como las leyes de la naturaleza. La verdad es, que así como el cuerpo del hombre no puede vivir fuera del aire que le rodea, el alma del hombre no puede vivir fuera de la sociedad. La nación, pues, será siempre un individuo análogo al hombre y en misteriosa armonía con el hombre. Pero, señores, además del individuo, de la nación, hay en nosotros otro sér superior, que llamaremos humanidad. Así como el hombre no puede vivir fuera de la naturaleza ni de la sociedad, no puede vivir fuera de la humanidad. En su sér está impresa la idea humana: la compasión, la caridad, el amor, todos los sentimientos son como leyes de atracción que unen á unos hombres con otros; la razón, la religión, la uniformidad de necesidades morales y de aspiraciones en todos los hombres,

el consentimiento unánime que á ciertas verdades fundamentales dan todos los pueblos, prueban evidentemente que sobre el individuo, sobre la nacion, á pesar de los climas y de las diferentes atmósferas históricas en que el hombre se mueve y en que se desarrollan los pueblos, hay un espíritu real, verdadero, uniforme, que se realiza en brillantes y varias y múltiples manifestaciones, y que se llama humanidad. Ahora bien, señores, ¿cuál es el tipo de la sociedad y de la humanidad? El tipo es el individuo, el hombre. Por consiguiente, estudiando las facultades del hombre, estudiamos las facultades de los pueblos y de la humanidad; y estudiando los fines del hombre, estudiamos los fines tambien de los pueblos y de la humanidad. El ideal de una sociedad perfecta consiste en que ni la nacion ni la humanidad absorban al individuo, antes bien tomen por fundamento sus facultades y sus derechos.

El hombre está en comunicacion con el mundo material, y necesita de una facultad que realice esta comunicacion; facultad que se llama sensibilidad. El hombre está en comunicacion con Dios, con el mundo invisible de ideas, y necesita de otra facultad que realice esta comunicacion, y esta facultad se llama pensamiento. El hombre necesita además una facultad que determine su propia esencia, á ser, á realizarse, á producirse, y esta facultad se llama voluntad. El mundo exterior

en sus individualidades se retrata como en un espejo en la sensibilidad, que en su primer grado es puramente pasiva, como obligada por necesidad á recibir los objetos, tal como naturaleza los presenta; mas la sensibilidad implica la actividad del espíritu, actividad que se manifiesta en esa facultad de aislar cualidades, de componer seres, de idear mundos, que llamamos imaginacion. La sensibilidad es el primer grado de la existencia individual, la imaginacion el segundo, y lo mismo sucede en los pueblos. El niño siente, el joven imagina. Los pueblos en su primera edad viven apegados á la naturaleza, y confunden y personifican todos sus poderes en una gran personalidad, en el sacerdote, que es rey, pontífice y legislador á un mismo tiempo. Por eso sus religiones suelen ser símbolos más que ideas, sus leyes fórmulas poéticas, y los cantos sagrados su única ciencia.

Pero el hombre con la sensibilidad solo tendria impresiones aisladas: necesita una facultad que generalice sus impresiones y les dé una ley uniforme, y esta facultad se llama entendimiento, y esa ley se llama nocion. El entendimiento es la facultad en que se forjan las nociones. Esta es la tercera edad del hombre, la tercera edad del pueblo, en que ya la idea de derecho se aclara en la mente y se empieza á desasir del símbolo como la fruta de la flor. Pero el hombre con la sensibilidad y el entendimiento solo tendria impresiones aisla-

das, fugaces; nociones ligeras que no podrian formar nunca la cúspide verdadera de la inteligencia, la idea. El alma, pues, tendiendo por su propia virtud á lo incondicional, á la unidad, á la ley fundamental de su sér, necesita de una facultad que realice esta su aspiracion suprema, y esa facultad se llama razon. Los sentimientos é impresiones rotas en la sensibilidad, la nocion borrada como un ligero boceto de idea en la inteligencia, solo se alza á tener el sello de unidad, el carácter de verdadera ley en la razon. Y la edad de la razon es la edad madura de los pueblos, edad en que el derecho se define ya clara y distintamente, y en que todos los ciudadanos, sujetos no á la voluntad de una clase, ni de un déspota, sino á la ley, realizan la libertad.

Dos son las leyes del hombre: conocer y obrar. Con las facultades que he mencionado solo alcanza á conocer. Para obrar necesita de la voluntad, que es la actividad en su último grado, pues por ella el espíritu determina su sér á producirse, á realizarse en el tiempo, y por ella el hombre es, despues de Dios, el autor de su propia vida. Asi como la naturaleza que encierra tantos séres, tan varios y múltiples, compone un sistema, todas estas facultades forman un todo orgánico, de suerte que sin una no podemos comprender la otra, y todas tienen por base idéntica la actividad del espíritu.

La naturaleza es un organismo, el espíritu es tambien un sistema, y por tanto la historia, que es la realizacion del espíritu en el tiempo y en el espacio, es una série de organismos y un sistema.

Las facultades que acabo de estudiar, solo me dan los medios de que se vale el hombre para llegar á sus fines. Poseemos el conocimiento de los medios, vamos á ver si alcanzamos el de los fines. Dos leyes tiene el hombre como he indicado, la de conocer y la de obrar. El hombre debe tender á obrar bajo las leyes de su naturaleza con libertad entera, como dueño de sus acciones y artífice de su vida, contrayendo siempre mérito ó demérito, segun se acerque ó se aparte del ideal de virtud impreso en su conciencia y realizando así su propio destino. Este es su fin moral, el cual se conoce en los pueblos en las costumbres. El hombre tiende á conocer á Dios, á amarle con amor purísimo, á tributarle el culto de su oracion y de sus buenas obras, á unirse en cuanto lo consienta su humilde naturaleza con ese Sér Supremo, fuente misteriosa de la vida, centro luminoso del espíritu, y á perfumar todas sus ideas, todas sus obras con el puro aroma religioso, nube de incienso que lleva á Dios la parte más pura y más esencial de nuestra alma. Y este es el fin religioso que se ve en la historia de todos los pueblos, pues sin un culto no viven. Pero conocida la ley moral y conocida la ley religiosa, el hombre debe tender á buscar las con-

diciones internas y externas de su desarrollo social, para unirse en un sentimiento de justicia con sus semejantes, y realizar el fin individual de su propio destino en armonía con el fin general del Estado y de la humanidad. Y este es su fin social, que se realiza por la política y por el derecho.

Como cuerpo, como organización sujeta á lo contingente, el hombre necesita de lo útil, de la industria, del comercio; como sér sensible, el hombre se une á la naturaleza, y viendo en ella una de las fuentes de su existencia, la ama, y comprende y abraza su ley; como artista despliega las brillantes alas de su fantasía á la luz del eterno sol, asciende en rauda vuelo á lo infinito, y produce armonías más bellas que el eterno concierto de los mundos; como sér moral, conoce su espíritu, lo cultiva para toda su vida con libertad, y lo presenta al Eterno Juez; como sér social, busca un punto de apoyo de su existencia, un centro de gravedad de su alma, una ley que le una en recíproca justicia con sus semejantes, y realiza el derecho; como ser religioso, su conciencia se abre á la idea de Dios, á manera que la flor al rocío, sus pensamientos, sus acciones son un continuo himno, su vida es como una ánfora que guarda los aromas del cielo, y su deseo, sacudiendo la triste larva de la materia, tosco capullo, sube de esfera en esfera hasta el cielo; y en todas estas manifestaciones que recorren las varias esferas de la vida

desde aquella que le confunde con los últimos seres hasta la que le une á Dios, en todas estas manifestaciones realiza toda la plenitud de la esencia de su sér. Pues bien, el conjunto de estas manifestaciones útiles, artísticas, morales, sociales, científicas y religiosas en el pueblo y en la humanidad, es lo que nosotros entenderemos por civilización.

El gran protagonista de la historia es el espíritu humano, y el instrumento del espíritu es la libertad. El hombre, este ángel caído, punto de unión entre la naturaleza y el espíritu, ministro de Dios en sus obras, que levanta con su pensamiento lo creado á su Creador; puesto entre lo finito y lo infinito como entre dos polos; habitante del mundo sobrenatural por sus ideas, por su fantasía, y de esta estrecha tierra por su cuerpo; antitético, inarmónico, y destinado á comprender y realizar todas las armonías; este ángel caído se distingue de los seres arrojados como un pedestal á sus plantas, y de los orbes, diamantes que coronan su cabeza; se distingue de estos seres por su libertad, santa idea, sin la cual la religión sería engañosa mentira, la ciencia vano fantasma, la justicia cruel burla, la sociedad un sepulcro, la conciencia un desierto; sí, por la libertad, soplo creador que nadie puede robar á nuestro espíritu, y que entre las tinieblas de todos los tiempos, y á las plantas de todos los tiranos, y en el seno de todas